

PINTURA Y ESPACIO: UNA EXPERIENCIA PERSONAL (1)

Mi intervención va a ser la del pintor. La de un pintor del que se ha dicho con frecuencia que el tema es el espacio, la quietud y el silencio.

Y yo también creo que la mía es una pintura en la que el espacio ha sido, desde el momento en que uno adquiere plena conciencia de lo que hace, una preocupación diría que constante y en la que el verdadero problema ha sido, y no sé si sigue siendo, el encontrar un espacio como protagonista total del cuadro. Diría que el espacio abierto de un paisaje vivido y no un espacio más imitativo del de "fondo-figura". Un espacio como elemento vivo del cuadro y no como fondo sobre el cual uno dibuja o situa.

La vivencia personal y el ejercicio de esta vivencia me hará comprender la validez del vacío como elemento de composición y romper con los esquemas adquiridos en los que se nos dá por entendido que los elementos válidos están marcados solamente por lo que uno dibuja y no por los espacios -positivo, negativo- que el dibujo genera.

Es una manera de "ver", de **CONVERTIR EL ESPACIO EN ALGO QUE UNO MIRA.**

Habrà también, en ese ya largo noviazgo con el espacio un intento de comprensión visual de los límites de la superficie del cuadro. (No sé si ello obedecerá a mi incapacidad en aprenderme los centímetros de los bastidores de tamaño universal. En realidad mido el espacio señalando la dimensión con las manos en un afán de "vivirlo", "verlo", "aprenderlo", como si tuviera que meterme dentro para entenderlo). De ahí mi incapacidad de trabajar a partir de bocetos ya que será siempre a partir de la superficie elegida que, como soporte, generará, a partir de su mismo formato, de sus propias dimensiones, el que acabará siendo el cuadro.

Llegar a mi concepción del espacio, del vacío como elemento de composición, ha sido un proceso lento de comprensión, de transformaciones y de, a menudo, difíciles credibilidades señaladas estas por lo que ha dibujado mi propia sensibilidad que ya, desde un principio está marcada por un gusto por la sobriedad, un gusto por lo que señalaría como una primera preocupación por la monocromía y una ocupación en lo que entendería por "composición" de toda la superficie, no por los elementos del tema, sino por los huecos de lo que hay entre ellos y entre ellos y los límites del cuadro.

Creo que la realidad del espacio de mis cuadros está íntimamente ligada a la austeridad del paisaje que marca mis primeros años y también la de los lugares que me gusta frecuentar y que también elijo como segunda residencia. Los orígenes: Aragón por parte de padre y de la Segarra

leridana -también un paisaje seco y duro-, por la materna y, después, el de nuestra masía en Folquer (La Noguera)- todos estos paisajes vecinos, de espacios uniformes, alternativamente verdes, amarillos o ocre y que se podrían emparentar con esta especie de sobriedad y de parquedad en la utilización de elementos y con este gusto por los espacios solos, de silencio, que dibujan las superficies de mis cuadros.

Enfatizar este espacio en que materia, trazo y el mismo espacio jueguen papeles paralelos y no el de situar el dibujo, el gesto, una forma, sobre un fondo, sobre una superficie que diría inactiva, me llevan a querer un espacio como protagonista. Dar validez al vacío como espacio de tensión. Ya en mis años de estudiante de Bellas Artes había momentos en que la comprensión del dibujo se me daba mejor al dibujar el modelo “mirando” la línea que dibuja el espacio al encontrar la figura que por la forma de la figura. Dibujaba y “entendía” más desde el espacio que desde la misma forma.

Diría que sería algo paralelo a lo que puede definir una parte importante de la escultura contemporánea, más pendiente de como interfiere en el espacio o de como es dibujada por el espacio que no de situar una forma en el espacio.

Pienso que ahí, en ese primer entendimiento, de lo que podríamos llamar “componer” por el vacío, es donde puede radicar la continuidad de mi pintura. Debe ser una manera de ver.

El espacio abierto del paisaje, del que supongo no son ajenas mis primeras vivencias en La Segarra, centrará casi siempre mi reflexión. Nuestra masía en Folquer (La Noguera), entre campos de cultivo del cereal y en un paisaje paralelo al próximo de La Segarra materna, es un enorme caserón de planta y dos pisos, en el último de los cuales situé mi estudio. Desde el centro del mismo se dominan dos vistas -espacio abierto y espacio íntimo. Desde una, hacia el sur, a través de una arcada cerrada con grandes ventanales, el paisaje, inmenso, se va escalonando, resbalando, en un espacio completamente abierto, infinito, hasta llegar a la lejana Sierra de Prades. La otra hacia el norte, se vé a través de dos pequeñas ventanas, habituales en las caras norte de las casas de campo de la zona y, por el hecho de estar situadas, estas ventanas, a un nivel bajo, su vista queda enseguida truncada por la Sierra de Comiols. Esta es una vista íntima, cerrada. Los campos de labranza se nos aparecen casi a vista de pájaro. La pequeña ventana recorta el campo, lo deja sin cielo, sin horizonte, sin interrupciones, sin otros límites que los propios del marco de la misma ventana. El paisaje adquiere la frontalidad del cuadro y únicamente el color y la superficie que este ocupa es su elemento de

imágen y de expresión. Estos dos aspectos -íntimo y abierto- han estado configurando bastante mi pintura...

Y haciendo, para terminar mi intervención, un rapidísimo análisis de mi pintura que digo de paisaje puedo decir que no es una situación como la de plantar el caballete delante de, o frente a..., sino que, ésta esta más gestada en sensaciones, en sentimientos, en memoria que en la inmediata realidad. Mi pretensión, como pintor, habrá sido la de valorar la tensión del vacío como espacio de pintura.

,

